

EL BOLSO DE WALL STREET

Cuando mi padre llegaba a casa los viernes por la noche, después de cinco días fuera por trabajo, estaba agotado.

Casi todas las semanas me pedía que fuera al garaje y trajera dos cosas de su coche: la carpeta y el bolso.

Necesitaba ambos. A las 9:30 de la noche en punto, un inspector llamaba y los números tenían que estar listos.

Se convirtió en nuestro ritual de los viernes. Nunca me quejé. Lo hacía por mi padre. Lo hacía por nosotros.

Los números nunca estaban mal. Los resultados nunca quedaban por debajo de lo esperado. Y nunca lo vi enfadado.

De niño, llegué a creer que él poseía un bolso mágico.

En casa, sin embargo, mi madre a menudo me pedía que le trajera su bolso y su cartera. Esa fue mi primera lección. Dos objetos completamente distintos podían llevar el mismo nombre.

Uno grande, lleno de trabajo. Uno pequeño, lleno de dinero.

Años después, una noche de invierno, mi padre y yo volvíamos de un funeral. Los cortes de carretera provocados por protestas laborales nos obligaron a tomar una ruta que normalmente nunca usábamos.

A lo largo de una avenida oscura había varias mujeres junto a pequeñas hogueras. Cada una llevaba un bolso de mano.

Pregunté quiénes eran. Mi padre sonrió.

«Son señoras que buscan trabajo.»

Miré los bolsos. «Llevan sus herramientas con ellas», explicó. «¿Y quiénes son sus clientes?» «Las personas que realizan buenas acciones.»

Yo tenía diez años. Naturalmente, supuse que las personas que se ocupaban de las acciones también se ocupaban, de algún modo, de aquellas mujeres. El malentendido me pareció perfectamente lógico.

Años más tarde, mi padre me llevó a Milán. Por primera vez entré en el templo de las finanzas italianas, Piazza Affari.

El parqué estaba lleno de gritos. Gente comprando. Gente vendiendo. Gente agitando papeles como si la civilización misma dependiera de ellos.

Miré alrededor, confundido. «¿Por qué gritan todos?»

Mi padre rio. «Así funciona este negocio.»

Enseguida le llevé la contraria. Lo había visto trabajar durante quince años. Nunca había necesitado gritar.

Nos reímos como locos. Aquella tarde terminó en los Navigli, donde mis recuerdos volvieron a mezclarse.

Las mujeres junto a la carretera. Sus bolsos. Los operadores en la bolsa. Sus maletines.

Mercados distintos. Mercancía distinta. La misma búsqueda humana.

Algunos de aquellos hombres podían comprar casi cualquier cosa. Lo que les resultaba difícil de obtener eran los sentimientos. Esperaban comprar amor. Lo que solían comprar era otra cosa.

Luego estaba mi tía. Guardaba su maquillaje escondido dentro del bolso porque su marido, celoso, creía que la belleza debía aparecer de forma natural.

Cuando volvía a casa, perfectamente arreglada, él sonreía orgulloso. «Hoy estás preciosa.» «Qué buen color tienes.» Y ella asentía en silencio.

Otro bolso. Otro secreto. Otro mercado.

Al crecer, descubrí que el mundo contiene muchos tipos de bolsos.

Algunos llevan números. Algunos llevan dinero. Algunos llevan deseos. Algunos llevan mentiras. Y algunos llevan vidas enteras.

Ferdinando Frega
BLADEFREGA
La saga de Wall Street